

# Honrar la ciencia / *Honrar la vida*

Nora Ftulis<sup>1</sup>  
Nora.ftulis@uns.edu.ar

## Resumen

Decimos que la ciencia es una construcción histórica. Semejante afirmación requiere ser recorrida pensando en todos los rincones constitutivos de ella. En este trabajo se abordan peregrina e inagotablemente algunos resortes de la dialéctica ciencia-realidad-teoría-práctica-investigador-pueblo. De alguna manera es una invitación a continuar armando una “rompecabezas” que podría ser siempre retomado desde un des-orden deliberado.

**Palabras clave:** ciencia-historia – contra-hegemonía en ciencia – intelectuales-pueblo

## Abstract

We say that science is a historic construction. Such a statement requires to be crossed thinking all its constituents corners. This paper addresses some peregrine and inexhaustibly springs of the dialectic science-reality-theory-practice-researcher-people. Somehow it is an invitation to continue putting together a “puzzle” that could always be regained from a deliberate dis-order.

**Key words:** science-history – counter-hegemony in science – intellectuals-people

## Esa cosa llamada...

Cuando la convicción acerca de la historicidad de la ciencia nos inunda no es posible que no sea pensada, *ella*, la ciencia, y *todas* las ciencias, como sostiene Juan Samaja:

[...] como una de las formas del conocimiento humano cuyas propiedades, interrelaciones y sistemas de transformaciones sólo se pueden comprender en la medida en que podamos elevarnos a la perspectiva de la totalidad de la praxis humana en la historia”. (Samaja, 1994, p. 9)

Decir en este caso, *todas*, no significa centrarse en la división de las ciencias, sino que significa dirigirse a pensar que circulan diferentes y contradictorias maneras de entender la ciencia.

---

<sup>1</sup> Licenciada en Trabajo Social, Especialista y Magíster en Metodología de la Investigación Científica. Profesora asociada del Departamento de Ciencias de la Salud de la Universidad Nacional del Sur (UNS). Jefa del Servicio de Trabajo Social del Hospital Interzonal General Dr. J. Penna de Bahía Blanca.

Para los que no reverenciamos a la ciencia oficial, que exista una ciencia dominante y una idea dominante de ciencia, no nos quita la ilusión de re-pensar el contexto de su construcción en función de las contradicciones de la realidad que necesitan ser develadas, y no disimuladas. Por lo tanto, debe hacer re-pensar la función histórico-política que le cabe a la ciencia.

Aunque resulte una obviedad decirlo, la estructura de aquello que los sectores conservadores -desde el interior de ella y/o desde los lugares decisionales- consideran ciencia, aun cuando aparece como una suma de pasos y procedimientos y como un inventario de características, en términos de claridad, precisión, facticidad, “analiticidad”<sup>2</sup>, eso, es un producto social, en hechos y en ideas. Y cuando se rompe con la lógica de la ciencia hegemónica ya sea desde los matices más “negociadores” hasta los más revolucionarios, eso también es un producto social, en hechos y en ideas.

Pensar la ciencia como producción histórica y como no absoluta viene a fracturar el sincretismo tan tranquilizador a que se la somete cuando se la caracteriza solamente desde su propio interior, desde la serie de características que enunciaba en líneas anteriores imaginando a Mario Bunge. Entender la ciencia en términos de historicidad y practicarla en términos de contra-hegemonía, de ninguna manera descarta el carácter imprescindible de las precisiones analíticas, sino que al contrario, las vuelve más serias. Todo el proceso de construcción de conocimiento se vuelve más serio al cuestionarse la perspectiva limitante que prioriza en las categorías analíticas endogámicas, excluyentes de la recuperación del contexto de la ciencia y excluyentes de los recortes de investigación conteniendo al todo.

Circulemos brevemente primero alrededor de la idea de *historia* más allá del tradicional cuadro lineal que parece contener al devenir, y, que como diría Hugo Calello (2011), resaltando a Antonio Gramsci: “‘Lo histórico’ no es la masa de acontecimientos inertes acumulados cronológicamente. Es aquello del pasado que se integra activamente en el presente [...]” (p. 36). Al mismo tiempo es imposible no dejarse atrapar por aquellas ideas de Walter Benjamín cuando se detiene en el “acuerdo tácito entre generaciones pasadas y la nuestra” que como prosigue “nos han aguardado en la tierra” o cuando vierte aquella bellísima imagen: “[...], se conservan y suprimen en la obra, la obra de vida, en la obra de vida, la época, y en la época, el curso entero de la historia”, (en Löwy, 2012, pp. 55, 150).

¿Qué significa entonces, no sólo que la ciencia sea histórica en términos de construcción sino que además sea pensada en perspectiva histórica?, ¿se trata de interpretar que también es una construcción que surge *de* y que sostiene *a* los Modelos Sociales de Acumulación<sup>3</sup>?, ¿se

<sup>2</sup> En términos de Mario Bunge.

<sup>3</sup> José Nun (2007), en el prólogo del Tomo I de *Población y Bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Una historia Social del Siglo XX*, compilado por Susana Torrado, expone: “Elaborada en 1987, la noción de *régimen social de acumulación* da nombre al conjunto complejo de factores territoriales y demográficos, de las instituciones y de las prácticas que inciden en el proceso de acumulación de capital [...]” (p. 10). “Un RSA constituye entonces una matriz de configuración cambiante [...] es un proceso pluridimensional de mediano o largo plazo” (p. 11) y profundiza planteándolo como “[...] una formación institucional compleja, producto de una historia particular que da saliencia a determinados actores y prácticas, que establece condiciones de recepción más favorable para ciertos discursos que para otros, y en cuyo contexto comienzan a cobrar sentido, por eso mismo identidades, oposiciones y luchas que las restantes redes de relaciones sociales también pueden inhibir o potenciar” (p.13). Al mismo tiempo Nun, en relación a este concepto, habla de la contemplación -en su esencia- de contradicciones que se expresan en niveles variables de conflictividad y del papel articulador de la ideología y la política.

trata de entender que cada momento histórico-político cultiva una perspectiva dominante de ciencia?, ¿se trata de no dudar de las alianzas con el poder cuando hablamos de ciencia dominante?, ¿se trata de estar convencidos de que sus “verdades” no son definitivas y para todos los tiempos?, sí se trata de todo eso y de más. Es decir, el pensar la ciencia en perspectiva histórica y en proyección de *praxis* implica tener claro qué, como las categorías trabajo y reproducción social, la ciencia acuna los intersticios de la dialéctica *estructura económica-superestructura político-ideológica*<sup>4</sup> imbricadas en el *bloque histórico*; intersticios que llaman a ser recuperados cuando de trabajar “en serio” se trata. Ya Gramsci (1984) planteaba la ciencia como una *superestructura* (p. 64), espacio en el que prueban sus fuerzas las ideologías, las subjetividades, el pensamiento político, los discursos institucionales. Hugues Portelli (1977) entiende que Gramsci otorga un lugar potente a los intelectuales en relación a la puesta en práctica del vínculo orgánico entre estructura y superestructura (p.95) en una proyección de inundación discursiva al servicio del sostén de la *hegemonía*.

Es en estos términos en los que a una ciencia histórica contra-hegemónica –habitada por intelectuales ubicados en la revisión del vínculo con el pueblo<sup>5</sup> y recostados sobre la crítica a la dialéctica del *bloque histórico* que garantiza la relación opresor/oprimido, le cabe una responsabilidad también histórica, le cabe revisarse y escuchar cada palabra, cada regla, cada cosa, cada discurso, cada política, cada recurso, cada tensión, cada tecnología, cada igualdad, cada desigualdad, cada grito...a la hora de sus prácticas, cualquiera sea el objeto de estudio/trabajo.

En adelante circularé, de una manera un tanto vagabunda, por dimensiones que hacen a las condiciones de la ciencia y a su discusión.

## **La insoportable levedad de la contradicción. *Las cosas que hay que ver***

“Unir en el pensamiento lo que ya está unido en la realidad, es un acto de honestidad intelectual” diría José Luis Coraggio (1996, p. 109), y seguramente no estaría gestando elucubraciones epistemológicas alrededor de la idea de ciencia, sino de los vaivenes que el imaginario organizador del control entiende como “capas” inconexas de esa realidad. Eslabones de la realidad que para que sean aprehendidos, la ciencia oficial nos dicta el camino tranquilizador que selecciona, deshilacha, cataloga, apila, amontona, rotula, descorazona.

La ciencia que no se entiende a sí misma sale a interceptar, con la hostilidad de moldes cuadriculados, el movimiento que acuna contradicciones. “[...], nos aferramos tenazmente no meramente a creer, sino a creer precisamente lo que creemos”, (Peirce, en Samaja, 2003).

Pensemos en dos escisiones paradigmáticas en el lenguaje de la ciencia evocando la fractura *mythos-logos*: teoría-práctica y descubrimiento-validación. Ambas representan el divorcio necesario entre otras cosas para la división del trabajo, para la exacerbación de la racionalidad obscena de algunos y no de otros.

<sup>4</sup> “La estructura y la superestructura forman un ‘bloque histórico’, o sea que el conjunto complejo, contradictorio y discorde de las superestructuras es el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción [...]. La realización de un aparato hegemónico, en cuanto crea un nuevo terreno ideológico, determina una forma de las conciencias y de los métodos de conocimiento, es un hecho de conciencia, es un hecho filosófico.” (Gramsci, 1984, p. 46)

<sup>5</sup> Si cabe la escisión. Más adelante este tema es nuevamente abordado.

Centrémonos primero en la relación teoría-práctica, en esa relación en que a veces “el intelecto soberano” somete a la experiencia sensible (Adorno, 2007, 50). Gramsci (1984) se refiere a esta polarización cuando acentúa: “Insistir sobre el elemento práctica del nexo teoría-práctica, luego de haber escindido, separado y no sólo distinguido ambos elementos [...], significa que se atraviesa una fase histórica relativamente primitiva” (p. 17). ¿Qué pasa cuando en este debate acerca de la ciencia incluimos el camino por el que transitan no sólo los académicos y los profesionales sino también la “otra” parte del pueblo? Es ahí cuando la relación teoría-práctica sufre una doble fragmentación, aquella que se enuncia *per se* y la que desata la relación entre los intelectuales y *los simples*, al decir de Gramsci. El pensamiento ilustrado hará disquisiciones sobre cuestiones de instrucción y Gramsci (1984) dirá, al introducirse en el análisis acerca de la criticidad contenida en *la filosofía de la praxis*, que “todo hombre es un filósofo” (p. 7) y diferenciará el ser un intelectual de cumplir la función social de intelectual (2009, p. 13). No podría, para el filósofo italiano, hablarse de intelectuales y no intelectuales ya que los no intelectuales no existen si se piensa que no hay actividad humana en la que no intervenga alguna dimensión intelectual (2009, p. 13), aun cuando los hombres y mujeres no tengan conciencia de las posibilidades teóricas que contienen sus prácticas. De manera que si tomamos el concepto de *filosofía de la praxis*, tendremos que repensarla a la luz de una formación conjunta en criticidad en el marco de lo que Gramsci (1984) llamaría *la dialéctica intelectuales-masa* (p. 17), y esto es así porque –y como él mismo dice– aun con saltos analíticos compartidos hay avances y retrocesos en cada uno de estos grupos y en el interior de ellos. Además estamos, como intelectuales, confusos en torno a los caminos de acercamiento y de emancipación con el pueblo y como parte del pueblo. Habrá que idear las maneras de encontrarnos, contemplando la nada sencilla posibilidad de gestar redefiniciones epistemológicas.<sup>6</sup>

Si como entiende Theodor Adorno (1993) existe una suerte de *discontinuidad* alejada de posibilidades de sucesividad y/o subordinación en la relación teoría-práctica (p. 178), ese movimiento es no sólo pensable para la vinculación intrínseca entre ambas instancias, sino también para las oportunidades que corporizan la *dialéctica intelectuales-simples*.

Susana, una mujer que entrevisté en varias ocasiones en el escenario profesional y que construye su cotidianidad con las posibilidades/imposibilidades que le otorga el vivir “desde abajo”, un día me interceptó, sin que yo fuera auto-referencial en la entrevista, con un: “vos estas muy cansada, ¿sabés? necesitás vacaciones”. Podríamos decir tal vez que el tono de mi voz, mis ojeras, mi mirada, pudieron operar como ese signo que desde lo particular conduce a algún slogan generalizador cual inferencia inductiva enmarcada en el subestimado escenario de los saberes populares. Sin embargo en su apreciación habría jugado un conglomerado analítico-sintetizador-sensible-lógico-intersubjetivo, vinculado también a episodios de su propia historia, desde el que no hizo ni más ni menos que recuperar la unidad dialéctica escondida en el/los signo/s que hubiera registrado cuando enunció “estas muy casada...”.

La mujeres bolivianas de la cultura *jalq'a* trabajan en las cocinas de sus casas en los telares sin moldes, sin patrones guías, dando a luz la irrupción en negro y rojo de inconmensurables figuras que representan “algo” de un mundo subterráneo que recupera las profundidades oscuras de la vida-muerte. Son piezas que contienen una estética caótica, dicen los especialistas.

<sup>6</sup> Dirá Gramsci (1984): “Se afirma la exigencia del contacto entre intelectuales y simples, no para limitar la actividad científica [...], sino para construir un bloque intelectual-moral que haga posible un progreso intelectual de las masas y no sólo para pocos grupos intelectuales” (p. 16).

Son caóticas con una lógica, con una métrica, con un lenguaje convocante. Esos escenarios, el de las mujeres y el del contenido de sus piezas hacen tambalear las certezas de la relación teoría-práctica que nos dictan los manuales de la ciencia. Esas mujeres teorizan y “practican” en el corazón de las casas, es decir en “lo cotidiano”, no se retiran a pensar, no necesitan de un cerco edilicio habilitado para el despliegue de la razón. Ellas y sus piezas emancipadas de “patrones” nos colocan en un lugar de revisión sin vuelta atrás de ese monolito calcificado de pensar la relación teoría empiria, teoría-práctica, por fuera de las entrañas de la vida.

¿Estoy diciendo con estos dos testimonios heterogéneos que estos hechos *per se* pertenecen al mundo del pensamiento científico vinculador metódicamente de la teoría y la práctica? No, estoy diciendo que la ciencia –tal vez como otra forma de creencia– que pretenda ser *científica* debe recuperar ese peregrinaje “absorbedor” del mundo que practican las mujeres y los hombres del pueblo, no como simple objeto de estudio, sino como iluminación de los objetos que estudia. Allí la ciencia se vuelve intersubjetiva. Estamos acostumbrados a recuperar esas lógicas vía las herramientas que aportan conceptos provenientes de las ciencias sociales –como representaciones, percepciones, vivencias entre otras–, herramientas que sin dudas enriquecen perspectivas y suelen desbloquear caminos para futuras estrategias, pero también podrían conducir a veces a un acto en el que un investigador termina “merodeando científicamente” una pieza...sin más. Entonces no se trata de equiparar la debatible expresión conocimiento vulgar a la de conocimiento científico, sino de sostener un pensamiento científico que recupere los intersticios de las representaciones, percepciones y prácticas sociales enriqueciendo el proceso de investigación para, en definitiva, la construcción de objetos de estudio que representen en miradas a *los simples*. Sus miradas deben ser recuperadas como fuente y no como ejemplificación, ya estemos estudiando un atropello político, la irrupción de una epidemia o la contaminación de una región, (Gramsci, 1984, p. 14). “Sólo mediante ese contacto [intelectuales-*simples*] una filosofía [podríamos decir, una ciencia] deviene ‘histórica’, [...] y se hace vida” .

Vayamos ahora a las arterias de la otra polarización de la que hablaba en líneas anteriores, y planteándolo contrariamente, vayamos a la dialéctica de la vinculación descubrimiento-validación. Sabemos que la forma tradicional, ceñida a la *concepción heredada* de entender la producción científica, pone el acento en la instancia de validación pensándola como la depositaria del esfuerzo de la rigurosa actividad científica; sin ir más lejos, las expresiones *contexto de descubrimiento*, *contexto de validación*<sup>7</sup>, dan cuenta de esa disociación y al mismo tiempo ese orden al nombrar los contextos, jamás se alteraría. Esta posición que desacredita y desvirtúa la lógica del modo de descubrimiento, desperdicia en su actuación la riqueza del movimiento de acceso a la realidad desde una perspectiva de imperdibles avances, retrocesos y recorridos empírico-conceptuales. Des-oye además, una oportunidad que se vuelve irreparable y que tiene que ver con el impacto de su rescate intelectual (y representacional) en la elaboración de proyectos de investigación y en los descubrimientos del proceso de construcción de conocimientos.

Descubrimiento y validación entonces, son dos instancias, dos modos del método, al decir de Samaja (1997) y esos dos modos se “hacen cuerpo” en toda la caminata de proceso de investigación y también en los cuerpos de los investigadores y también en los cuerpos de

<sup>7</sup> Fue Franz Reichenbach, quien en su libro *Experiencia y predicción* en 1938 incorpora la idea de los dos contextos al lenguaje de la ciencia.

los “investigados”. Siempre, a lo largo de proceso de investigación se descubre, siempre, a lo largo del proceso de investigación se valida. Y agreguemos algo más, siempre -descubrimiento y validación- se imbrican en un movimiento creciente de profundización dialéctica.

Sostiene Enrique Marí (1974): “[...], Klimovsky se queja de que muchos filósofos no estén convencidos de la legitimidad de la distinción entre los tres contextos [descubrimiento-validación-aplicación]<sup>8</sup> y sospechen en particular, de la diferencia entre los dos primeros”, (p. 189). Allí Marí está haciendo alusión –y así lo transcribe– a la siguiente afirmación de Klimovsky:

Piensan que el proceso de descubrimiento es en sí la propia justificación del conocimiento científico. Por desgracia, no es así, y la historia de la ciencia muestra una gigantesca colección de ‘descubrimientos’ invalidados por un posterior y conveniente control mediante experiencias. Una cosa es el cúmulo de factores sociales, políticos y culturales que pueden inducir a un científico a preferir cierto modo de conceptualizar en comparación con otro o a seguir caminos teóricos con preferencia a tales o cuales, y otra es la verificación o apoyo lógico o empírico que sus afirmaciones pueden tener. La distinción es importante, y vale la pena hacerla aun en el caso de que de veras se cumpliera (lo que no es cierto) [...] (Klimovsky en Marí (1974, pp. 189-190)

Frente a esta “culpabilización” de Klimovsky hacia los investigadores que no “controlan” lo que él entiende como subjetivismo, Marí se pregunta:

[...] ¿qué responde más a esta imputación, una epistemología que arranca de hipótesis formuladas por “el hombre” de ciencia en un marco de libertad cuyos límites no se precisan en esa teoría [...], o una epistemología que se hace cargo de la formación del producto del conocimiento de un todo- complejo-estructurado, en la especificidad de una práctica, la teórica, [se refiere a la idea o momento *concreto pensado* del marxismo] que no se confunde con otras prácticas y responde a las condiciones de posibilidad que le marca esa estructura con sus propias leyes de sujeción? (Marí, 1974, p. 195).

Es indudable que en la historia de las ideas ha acarreado mucho trabajo, eso que Samaja (2000) señala como la *contradicción* entre “[...] la exigencia de la universalidad, de un lado, y la exigencia de la comprobabilidad, de otro lado” (p. 23) y que resuelve aclarando más adelante “[...] no puede haber un conocimiento que *al mismo tiempo sea* ‘universal’ y ‘decible’ (es decir comprobable) ¡Pero la ciencia pretende ser ese tipo de conocimiento! [...]”, (pp. 24-25).

## Una sospecha

La lógica dialéctica de investigación como fuente de permisos aporta la posibilidad de fracturar lineamientos impuestos por formalismos metodológicos alienantes, a veces apartados de opciones conscientes. Conocer permite elegir, y, negarse a conocer es parte de la alienación no elegida, no consciente y repetidora de los discursos atrapantes. Desentrañar el concepto de *obstáculo epistemológico* de Bachelard (1979) acompañaría procesos de libera-

<sup>8</sup> Corchetes del autor.

ción de ideas empobrecedoras arraigadas por imposición o de aceptación consciente de las que se retoman por opción. “Cuando se presenta ante la cultura científica, el espíritu jamás es joven. Hasta es muy viejo, pues tiene la edad de los prejuicios.”, (p. 16).

Confundir precisión científica con rigidez científica conduce a la privación de una riqueza de recursos metodológicos in-imaginados, sobre todo cuando las prohibiciones obstaculizan los recorridos del conocimiento.

Ahora bien, eso que en este subtítulo aparece como, *una sospecha*, tiene el sentido de poder discutir –tímidamente– una idea que es necesario compartir. Se trata de la tan manoseada relación entre las ciencias naturales y sociales en términos de método. Partamos para esto de una afirmación desafortunada de Karl Popper en su trabajo, *La miseria del historicismo*. El racionalista crítico dice, “[...] no veo por qué, no vamos a poder hacer uso de la analogía hasta donde sea fructífera” (2008, p. 75). Esta afirmación que “con razón” nos pone “la piel de gallina”, no debe cegarnos a la hora de encontrar las formas de contradecirla. Podría ocurrir que al hacer uso de argumentos “hacia adentro” para defendernos frente a líneas como las de Popper<sup>9</sup> que postulan un paralelismo -desigual/subordinado- entre ambas ciencias, nos entrapemos y fortalezcamos aquello contra lo que luchamos. Terminamos pareciéndonos por opción.

¿Por qué digo esto? Porque creo que cuando nos ocupamos de defender la indiscutible genuinidad científica de la ciencias sociales contra esa liviandad popperiana perversa y peligrosa, a veces podríamos equivocar el eje de discusión. Cuando decimos que el enfoque metodológico de las ciencias sociales no puede ceñirse al de las ciencias naturales, podríamos estar escondiendo nuestro aval al hipotético deductivismo o -al falsacionismo en su versión superada- si bien no para las ciencias sociales, sí para las otras ciencias. Y en realidad lo que debemos poner en cuestión es *ese* método para cualquier ciencia.

Porque tan sólo acentuar la necesidad de diferenciar los abordajes metodológicos en función de la especificidad disciplinar, está entendiendo que el “almidonamiento” procedimental -que humilla al *descubrimiento* y que descuida la valoración de aquellos lugares insondables de las hipótesis- es apto para las otras disciplinas entendidas como “no sociales”, por lo tanto yendo aún más lejos, está encubriendo la idea de a-historicidad del objeto de estudio/trabajo de las otras disciplinas. Olvidamos que esos objetos de la realidad con los que trabajan las otras disciplinas pertenecen al escenario de las condiciones contextuales, así se trate de una piedra y olvidamos que ese científico que estudia la piedra es un sujeto social.

Fortalecemos la condena de las ciencias “no” sociales a la rigidez eterna. Es decir, el método construido en perspectiva dialéctica contempla las especificidades de movimiento que cualquier aproximación disciplinar necesita en relación a su objeto *siempre histórico*. Tal vez la diferencia entonces esté en el formato que tome el recorrido siempre dialéctico a la hora de las necesidades de unas y otras ciencias.<sup>10</sup> Más aún, tal vez y casi seguramente, el formato

<sup>9</sup> A quién el mismo Kuhn (1993) -en otro orden de cosas- se anima a contradecir en el Capítulo XI de *La Tensión Esencial*.

<sup>10</sup> La siguiente construcción de Marí alienta en ese sentido: “La investigación experimental está atravesada por ensayos decisivos que cortan tanto la continuidad de la deducción como la continuidad de la observación, lo que descarta de plano el encadenamiento lógico formal que el método hipotético deductivo señala como requisito *sine qua non* en el periplo hipótesis fundamentales-consecuencias observacionales” (Marí, 1974, p. 193). He aquí una experiencia clarificadora: José López Sánchez, un

que tome el camino metódico también variará al interior de cada disciplina a la hora de las necesidades del objeto de estudio, y también variará de investigador en investigador y también variará en el interior de cada investigador en circunstancias diferentes.

Lewontin (2009), el biólogo, autor del paradigmático libro *El biólogo dialéctico*, en su trabajo en co-autoría, *No está en los genes* marca: “Los deterministas biológicos son víctimas del gran mito de la separación de la ciencia y de las relaciones sociales que ellos y sus predecesores académicos han perpetuado”, (p. 48). Y en párrafos anteriores sostenía: “Realmente las consecuencias políticas que han surgido una y otra vez de los argumentos deterministas no son criterios con los que podemos juzgar su veracidad objetiva”, (p. 47). Estas aseveraciones provenientes de un exponente de las mal llamadas ciencias duras, también son posibles.

## Los iniciados

[...] tiene un sistema de signos y términos específicos para connotar cada concepto, según sea el acuerdo al que se haya llegado. Esto es lo mismo que permite calificar a la ciencia de poseer una cierta forma de existencia “esotérica”, puesto que su idioma solamente es accesible a aquellos que en alguna medida han sido “iniciados”; igual que en las antiguas sectas secretas [...]. (Flores; 1976)

Gramsci (1984) no se cuida en sostener que la ilusión científica se ubicó como un nuevo Mesías prometedor de Felicidad, (p. 64). Quienes detentan el poder y no ubican a la ciencia en el lugar adecuado de la vida, podrían hacer de ella eso que el filósofo italiano enuncia como “una nueva especie de opio”. Y, quienes la practican desde una proyección tradicional, convencidos ciegamente de su rigidez, además de reproducir el orden hegemónico parecieran rendirle pleitesía no sólo por la confianza que parecen encontrar en ella sino también para escapar de eso que Ricoeur (2004) llama “los lugares salvajes” aun cuando la soberbia de lo civilizado no podría abolirlos, (p.195). Lugares salvajes y mágicos atrapantes que probablemente los llamen desde la fuerza insoportable que los subsume y emparenta con lo humano compartido, como condición visceral y transhistórica, como condición visceral y transcultural.

También podemos pensar “la avidez de certeza” de los científicos ortodoxos en relación a aquello que Franco Rella (1983) llama “[...] el deseo que nos defiende contra el carácter plural y contradictorio de lo real [...]”, (p. 143). Y en definitiva, siguiendo con Rella, en el acto desesperado de repararse en la “verdad” se escondería la impotencia que engendra la imposibilidad de articular el mundo y los lenguajes, (p. 144).

---

historiador cubano ya fallecido, en su libro *Finlay, el hombre y la verdad científica* va a decir sobre el proceso de trabajo de Finlay en relación a la vinculación entre el mosquito y la propagación de la fiebre amarilla alrededor de 1881: “la aplicación del método dialéctico de razonamiento [...] le permitió comprender y resolver la necesidad de explicarse el contagio de una forma nueva y distinta. Esto lo consiguió al concatenar todos los elementos patogénicos, clínicos y epidemiológicos de la enfermedad, lo que equivale a afirmar que lo consiguió al apreciar el fenómeno nosológico en su estado de existencia objetiva. Fue un proceso de razonamiento digno de un genial investigador científico. Fue una de esas obras cuyas génesis no pueden explicarse de la manera analítica ordinaria, por introducir abruptas discontinuidades en la evolución de las ciencias” (López Sánchez, 1986, p. 167).



Y es desde estas estrategias de confianzas y certezas que el científico tradicional, que cree no estar politizado, robustece a veces sin que sea un acto deliberado el mandato que les llega de la autoridad -social- y que los pone a salvo del miedo -individual/social- a la magia persecutoria y a los propios sin-saberes. Entonces, las herramientas resolutorias particulares sirven -trascendiéndose a ellas mismas- para perpetuar el anestesiado orden social de “los que mandan”.

## Si la ciencia la escriben los que mandan, eso quiere decir...

### Sí, que hay otra ciencia

En un artículo del año 1991<sup>11</sup> Juan Samaja escribía una idea, casi un tesoro, que quiero recuperar:

La misma elaboración de los instrumentos de medición y la adecuada comprensión de las “condiciones iniciales” de la observación, nos lleva a sostener que es deseable abandonar (como un mito metodológico)<sup>12</sup> la idea de que “hay» investigaciones exploratorias, investigaciones descriptivas, investigaciones explicativas, etc. Podemos resumir esta posición, si decimos que en toda investigación, considerada integralmente, se desarrollan de manera desigual aunque combina-da todos los esquemas posibles de investigación [...]. (Samaja, 2009, p. 267)

Esa idea que podría sintetizarse como *desigualdad combinada* contiene el desciframiento profundo del método recorriendo la realidad como unidad dialéctica. Como unidad dialéctica ambos, el método y la realidad. Al mismo tiempo, rompe con la prolijidad secuencial que impone un circuito inamovible de la ciencia cuando pretende enunciar el orden en el que deben llevarse a cabo los *tipos de estudio*. En esa enunciación de *desigualdad combinada* se esconde -para bien- una mirada hacia la ciencia que obliga a entenderla como oportunidad respetuosa en el saber -volcada en método- desde los núcleos de la misma realidad que abraza en la ondulación estudiosa. ¿Qué es esta forma de concebir la investigación científica si no una manera de acompañar a la misma historia que le da origen?

La ciencia “historizadora” contempla en su movimiento el movimiento de los hombres, que alberga razones y emociones, recorridos y creencias. No es casual que Conrad Waddington (1963), biólogo y genetista, haya dicho “La lógica y el experimento sólo comienzan después que la intuición ha captado el problema” (p. 237). Lejos de condenar a la ciencia a la irracionalidad, reconocer el peregrinaje sensible de sus construcciones sin miedos, ennoblece su presencia en el mundo.

<sup>11</sup> El artículo que se titula “La triangulación metodológica (Pasos para una comprensión dialéctica de la combinación de métodos)” está contenido en *ALAMES en la Memoria*, compilado por Francisco Rojas Ochoa y Miguel Márquez en el año 2009. Al mismo tiempo presenta otra idea muy interesante interpelando las trilladas vinculaciones entre orientaciones cualitativas y cuantitativas al exponer: “Una manera comprometedora de denominar este intento (en lugar de decir: ‘integrar perspectivas metodológicas diferentes’) podría ser: ‘dialectizar’ el tratamiento de las diferencias metodológicas en la investigación científica”. Sabemos que Samaja no es arrastrado a lugares comunes en esta línea, otro testimonio de ello es su afirmación -en el clásico libro *Epistemología y Metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*- “[...] la polémica ‘cualitativismo/cuantitativismo’ [...] lleva de manera irremediable a una dualismo esquemático que reduce en un grado inaceptable la riqueza del escenario epistemológico metodológico contemporáneo” (1997, p. 362).

<sup>12</sup>Paréntesis del autor.

La escritura de la ciencia ilusoriamente des-contaminada, los textos científicos forzadores de neutralidad, han representado un camino plagado de desvelos para conseguir “capturar” en documentos una realidad en la que pudiera ausentarse el sujeto en puntas de pie, silencioso, casi escapado. Nadie puede esconderse demasiado detrás de sus textos, prontamente se asoma su sombra. Esto quiere decir que en lugar de correr tras la auto-anulación desesperada, el único camino posible es el que marca el aprender a revisarse como sujeto que además investiga. Y en este descubrir-se como nudo, como nudo cognoscente, se entremezclan sociabilidades pasadas y presentes y que aun cuando no se adviertan están inundando el proceso. Su no advertencia es mucho más peligrosa que el propio atravesamiento desde la condición de sujeto social. Desde el momento en que el investigador pertenece a la categoría de sujeto, el atravesamiento es insalvable. De manera que la ciencia, en tanto construcción del hombre/ sujeto social/ político/institucional, conlleva inherentemente esta condición, la condición de la presencia del investigador tanto (si cabe la división tradicional de las ciencias) en las llamadas ciencias sociales, como en las ciencias naturales, como en las ciencias formales. En la escritura aparecemos inevitablemente aunque evitemos la “primera persona del singular”, entonces ¿por qué no disfrutarla? Ivan Jablonka (2016), en una reciente reedición de su obra, ahora en castellano, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*, propone fuertemente el uso de la literatura como atravesamiento en el lenguaje de las ciencias-sociales- y hace pensar que la relación entre dos creaciones, la de las ciencias sociales y la literaria lleva a los textos a una expansión de sus límites hacia lugares que lejos de complicar o hacer peligrar el carácter científico de sus interiores, los robustece. Por un momento desliza “[...] es intentar escribir de manera más libre, más justa [...]” (p.11). Más justa, en este caso es una imagen fuertísima, permite sentir, de alguna manera, que desviarse de ella -de la expresión literaria- empobrece sin derecho los caminos del relato, por tanto los caminos relatados de la ciencia.

Finalmente diré que investigación es trabajo, es práctica social. Si investigar es trabajar, entonces es necesario rescatar los encuentros genuinos experimentados en las prácticas cotidianas de la ciencia donde la intersubjetividad devendrá en cambio en la subjetividad-es. Y, la ciencia devendrá en *superestructura* respetada cuando aprenda/mos a respetar, enunciando y denunciando, desde ella los rincones desiguales de la vida.

## Bibliografía

- Adorno, T. (1993). *Consignas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Adorno, T. (2007). *Dialéctica de la ilustración*. Madrid: Akal.
- Bachelard, G. (1979). *La formación del espíritu científico*. Méjico D. F. Siglo XXI Ed.
- Calello, H. (2011). *Gramsci, una travesía hacia el socialismo en América Latina*. V. I, Caracas: Monte Ávila.
- Coraggio, J. L. (2007). *Economía social, acción pública y política (hay vida después del neoliberalismo)*, Editorial. Buenos Aires. Ciccus.
- Gramsci, A. (1984). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gramsci, A. (2009). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Jablonka, I. (2016). *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las*

- Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Kuhn, T. (1993). *La tensión esencial*. Madrid. Fondo de Cultura Económica.
  - Lewontin, R. Rose S. Kamin L. (2009). *No está en los genes*. Barcelona. Crítica.
  - López Sánchez, J. (1987). *Finlay. El hombre y la verdad científica*. La Habana: Editorial Científico Técnica.
  - Löwy, M. (2012). *Walter Benjamin: Aviso de incendio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
  - Marí, E. (1974). *Neopositivismo e Ideología*. Buenos Aires: Eudeba.
  - Nun, J. (2007). Prólogo. En Torrado, S. (compiladora.) *Población y Bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Una historia Social del Siglo XX*. T.I. (pp.9-14). Buenos Aires: Edhasa.
  - Popper, K. (2008). *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza Ed.
  - Portelli, H. (1977). *Gramsci y el Bloque Histórico*. México. S.XXI Ed.
  - Rella, F. (1983). El descrédito de la razón. En Gargani, A. *Crisis de la razón, nuevos modelos en la relación entre saber y actividad humana*. México: Siglo XXI Ed.
  - Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia y el olvido*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
  - Samaja, J. (1994). *Introducción a la epistemología dialéctica*. Buenos Aires. Lugar Editorial.
  - Samaja, J. (1997). *Metodología y Epistemología. Elementos para una teoría de la investigación científica*: Eudeba.
  - Samaja, J. (2003) Sobre la ciencia, la técnica y la sociedad. Para pensar la nueva agenda de la educación superior. En *Ciencia, Docencia y Tecnología*, N° 27. Año XIV. UNER. Recuperado (10-09-2016) de: [http://www.revistacdyt.uner.edu.ar/articulos/descargas/cdt27\\_Samaja.pdf](http://www.revistacdyt.uner.edu.ar/articulos/descargas/cdt27_Samaja.pdf)
  - Samaja, J. (2000). *El lado oscuro de la razón*. Buenos Aires: JVE.
  - Samaja, J. (2009). La triangulación metodológica (Pasos para una comprensión dialéctica de la combinación de métodos). En: Francisco Rojas Ochoa y Miguel Márquez (Comp.). *ALAMES en la Memoria. Selección de lecturas*. (pp. 261-275). La Habana. Ed. Caminos. Recuperado (12-10-16) de: <http://www.alames.org/index.php/documentos/libros/medicina-social/libros-1/108-libro-alames-25-an-os/file>
  - Waddington, C. (1963) *El animal ético*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.